

El retorno de Agustín Millares a España desde el exilio en 1952

ANTONIO RUMEU DE ARMAS

Según datos que obran en el Ministerio de Educación el ilustre paleógrafo don Agustín Millares Carlo volvió a España, después de los largos años de exilio en Méjico, el 9 de julio de 1952. La fecha parece rigurosamente exacta, porque la carta que me dirigió el 20 de ese mismo mes y año, residiendo en Madrid, es vivo testimonio de un encuentro inmediatamente anterior, todavía sin la entrañable amistad que iba a despertarse muy pronto entre ambos.

Yo tuve una relación circunstancial con Millares en 1935 en una visita que le hice en su domicilio de la plaza de la Iglesia nº 4. No acierto con el motivo, pero conservo como recuerdo de la entrevista el valioso obsequio que me hizo de su libro *Bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*, enriquecido con una amable dedicatoria escrita con tinta roja (cosa habitual en él por aquellas fechas).

En un segundo encuentro en el escenario de la Biblioteca Nacional a fines de julio de 1952, le arrastré a recorrer los alrededores de la capital, con almuerzo en un restaurante típico y posterior acceso al monasterio de El Escorial. Millares al cruzar el dintel de la famosa biblioteca, donde había transcurrido parte de su vida, no pudo reprimir la emoción.

Es hora de declarar que el prestigio y la simpatía de nuestro protagonista era tan alto en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras de la llamada, por entonces, Universidad Central que en su persona se ofreció un auténtico desafuero administrativo. La cátedra de Paleografía, se mantuvo vacante, sin provisión, por espacio de trece años.

El retorno de Millares a España estaba promovido por un grupo de latinistas: monseñor Pascual Galindo Romero, Luis Ortiz Muñoz, José Vallejo

Sánchez, Lisardo Rubio, etc., que le incitaban a la integración. Entre todos destacaba mosén Galindo, clérigo aragonés, orondo (con estampa extraída de un grabado negro de su paisano Goya) que alardeaba de ocultos poderes políticos sobre, su también paisano, el ministro de Educación Ibáñez Martín.

Pero pasaron los meses del verano y el otoño sin que nadie cumpliera con las promesas reiteradas a Millares. Ninguno de los supuestos patrocinadores rebasaron el trámite del saludo efusivo o la carta de bienvenida. La realidad era que los recursos económicos muy limitados se agotaban día a día. La única distracción, para matar el tedio, la encontraba en los manuscritos y libros de la Biblioteca Nacional.

Quien esto escribe se convirtió en auténtico muro de las lamentaciones. ¿Qué hacer en tan difícil trance? Me acordé entonces de que un político, colega, paisano y amigo, con inquietudes de bibliófilo y coleccionista de obras de arte, podía ser la tabla de salvación. El sagaz lector habrá adivinado que estoy retratando a don Blas Pérez González, ministro de la Gobernación. Se imponía la consulta previa con Millares por si tenía reparos en acudir al encuentro.

La entrevista entre el ministro, el polígrafo y quien esto escribe fue cordial y hospitalaria. A golpes de teléfono el asunto de la reintegración en la cátedra quedó resuelto en breves días. El 12 de diciembre de 1952 Millares firmaba la solicitud para ocupar, por segunda vez, la asignatura de Paleografía en la Universidad matritense.

En el otro frente, el Ayuntamiento, de cuyo Archivo había sido director nuestro protagonista, el alcalde conde de Mayalde se mostró aun más apresurado y generoso (se daba el detalle añadido de que su esposa, la duquesa de Pastrana había sido alumna del paleógrafo)¹.

Cuando todo estaba arreglado y resuelto, se atravesó en nuestro camino el gran inquisidor de España, el también catedrático don Wenceslao González Oliveros, presidente del Tribunal para Represión de la Masonería, quien enarbolaba una hoja volandera carente de valor probatorio, en una simple carta en demanda de informes personales.

Pero bastó la intromisión para aplazar las decisiones ya tomadas.

Esta anómala circunstancia descontroló los nervios de Agustín Millares hasta el punto de temer por su propia seguridad.

El 31 de enero de 1953, sin despedirse tan siquiera de los amigos, cerró el pasaje aéreo de que disponía y retornó a Méjico².

¹ En el Archivo, la llegada de Millares produjo la inquietud, mal disimulada, del director sustituto don Agustín Gómez Iglesias.

² La cronología procede de Expediente personal conservado en el Ministerio de Educación (signatura: 16.823-23).

Desde 1953 hasta 1958 nuestro protagonista permaneció en Méjico. No existe el más leve indicio de su presencia en España en ese lustro. En cambio hay prueba plena de una breve estancia en Madrid (hasta hoy desconocida, que sería la segunda) en febrero de 1958³. En este mismo año retornó a la patria en el mes postrero para disfrutar de una generosa beca que le había concedido la Fundación March (véase el texto de la carta II). Fue la tercera jornada⁴.

Los viajes de Millares a la península (Madrid, preferentemente) y Canarias fueron múltiples, a partir de 1952 hasta su asentamiento definitivo en Las Palmas en 1975. Sería interesante que un investigador aborde el tema, por ser muy débil la cronología superviviente (las *Actas* de las Sesiones de la Real Academia de la Historia pueden ser un poderoso elemento auxiliar).

³ *Agenda de mesa* del autor del presente trabajo correspondiente al año 1958. El sábado 15 de febrero se registra el encuentro con Millares en el café La Elipa, a las cuatro de la tarde.

El mencionado café —hoy desaparecido— estaba situado en la calle de Alcalá en las proximidades de la iglesia dieciochesca de san José.

Acaso pudiera relacionarse este viaje con la oferta de la Editorial Montaner y Simón de Barcelona (su propietario Gonzalo Porto) de asumir la dirección de sus colecciones. Desde luego el 20 de marzo de 1958 está probada la presencia en Méjico.

En José Antonio MOREIRO GONZÁLEZ: *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*. Las Palmas, 1989; págs. 228 y 240.

⁴ *Agenda de mesa* (citada en la nota 3). Entrevista con Millares en el café La Elipa el sábado 20 de diciembre.

Permaneció en Madrid hasta marzo de 1959. MOREIRO, obra citada, págs. 228 y 240.

APÉNDICE

Madrid, 20 de julio
de 1952.

Sr. Dr. D. Antonio Rumeu
de Armas

Mi querido amigo: El
objeto de estas líneas es presentarle a mi
cuñado D. Enrique Bravo Martínez, que
desea hablarle de asuntos relacionados con su
profesión. Ya imaginará V. el interés que
tengo en que salga adelante en sus preten-
siones, por lo mucho que le estimo y
las infinitas atenciones que le debo.

Gracias mil por anticipado de s.s.a. y

Agustín Millares
Carlo

Carta I. Madrid, 20 de julio de 1952

CARTA I: Transcripción

Sr. Dr. D. Antonio Rumeu de Armas

Madrid 20 de julio de 1952

Mi querido amigo: El objeto de estas líneas es presentarle a mi cuñado D. Enrique Bravo Martínez, que desea hablarle de asuntos relacionados con su profesión. Ya imaginará V. El interés que tengo en que salga adelante en sus pretensiones, por lo mucho que le estimo y las infinitas atenciones que le debo.

Gracias mil por anticipado de s.s.a.

Agustín Millares Carlo



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

México, D.F., 2 de abril 1958

Dr. Dr. D. Antonio Rumeu de Armas.

Mi querido Rumeu: Acabo de recibir su tarjeta con la fausta noticia. Estoy contentísimo y emocionado. No sabe cuánto le agradeceré siempre lo que ha hecho por mi asunto.

No sé si escribir a Aquilo y a Rodonut Salades las gracias, o si esperar a que oficialmente se me comuniquen la resolución del jurado.

Acomiéseme sobre este punto.

Gracias otra vez; recuerdos a Miguel Sante.
 for your friend
 ee Agustín Millares

Durango, 93.

CARTA II: *Transcripción*

Fondo de Cultura Económica

México, D.F., 2 de abril 1958

Mi querido Rumeu: Acabo de recibir su tarjeta con la fausta noticia. Estoy contentísimo y emocionado. No sé cuanto le agradeceré siempre lo que ha hecho por mí en este asunto.

No sé si escribir a Angulo y a Redonet dándoles las gracias, o si esperar a que oficialmente se me comunique la resolución del Jurado. Aconséjeme sobre este punto.

Gracias otra vez; recuerdos a Miguel Santiago, y un gran abrazo de Agustín Millares.

Nota: Las personas citadas en la carta son los académicos de la Real de la Historia don Diego Angulo Iníguez y don Luis Redonet Maura. Santiago, grancanario de Guia, era archivero del Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores.